



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

HOMILÍA

EN LA SOLEMNIDAD DEL APÓSTOL SANTIAGO

25 de Julio de 2009

Excmo. Sr. Delegado Regio
Hermanos en el Episcopado
Excmo. Cabildo Metropolitano
Excmas. e Ilmas. Autoridades
Sacerdotes, miembros de Vida Consagrada y laicos
Miembros de la Archicofradía del Apóstol Santiago
Miembros de las Orden del Santo Sepulcro de Jerusalén y de la Soberana Orden de Malta
Televidentes y Radioyentes
Peregrinos llegados a Santiago
Hermanos y hermanas en el Señor

La solemnidad del Patrón de España nos llama a dar gracias a Dios por habérselo dado como intercesor y a suplicarle que no se desvirtúen nuestras raíces cristianas y que nuestra fe se fortalezca con la oración y se manifieste en la caridad, “el don más grande que Dios ha dado al hombre” y que contribuye a construir una civilización en paz, donde no hay lugar para ningún tipo de violencia que degrada siempre la condición de la persona humana. Este acontecimiento festivo debe ser para nosotros como aquel árbol donde subió Zaqueo para mirar a Jesús, acompañado de sus apóstoles, y dejarse ver por él, encontrando la luz que le llevó a convertirse y actuar con altura de miras espirituales. Nos sentimos herederos del mensaje del Evangelio que el Apóstol nos transmitió y del itinerario que recorrió hacia la santificación en fidelidad a Cristo “que manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación”. Así lo percibió el Apóstol Santiago en esa realidad misteriosa que siempre nos acompaña, mostrándose disponible a beber el cáliz del Señor en el martirio: “¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? Podemos”.

La realidad del hombre

Este testimonio apostólico nos hace comprender que el hombre no se entiende desde las cosas, sino que éstas deben entenderse desde el hombre y éste desde Dios, afirmación que se debe subrayar cuando se propaga el sentir de que todo vale, y se considera que se puede experimentar con las personas en las diferentes dimensiones de su existencia. El hombre “es responsable para sí y no sólo ejecutor de mandatos; tiene dignidad en sí mismo y nunca puede ser pensado como fin para otro o para otra cosa”. A veces pretende ser como Dios,



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

tentación siempre actual, tratando de esconderse de Él. Esta pretensión se manifiesta en conquistar más y más espacio en todas las direcciones y de todas las formas posibles, olvidando que “¿a dónde podríamos ir lejos del espíritu de Dios? ¿O a dónde podríamos huir de su mirada?” (Ps 139,9). La actitud del creyente es pedir que se haga su voluntad en la tierra como en el cielo, y el compromiso es testimoniar proféticamente su presencia, obrando el bien y denunciando las estructuras de pecado que diluyen la auténtica libertad y nos alejan de la verdad. El cristiano, como hijo de la Iglesia, tiene la misión de la verdad de Cristo a la que debe ser escrupulosamente fiel a tiempo y a destiempo, sin ceder a las presiones externas. “Pedro, junto a los Apóstoles, respondió: ‘Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres’” (Hechos 5, 29). Los apóstoles habían sido testigos de la valentía de Jesús en su obediencia a Dios Padre, y eran conscientes de que esta actitud no genera antagonismo entre Dios y el hombre, ni conflicto entre derecho divino y libertad humana. “El misterio del hombre sólo se entiende en el misterio del Verbo encarnado”. En un contexto social en el que con frecuencia se relativiza la verdad, bien desentendiéndose de ella o bien rechazándola, es difícil comprender que la Palabra de Dios no está sometida a la fluctuación de las frágiles decisiones humanas.

La esperanza en el Reino de Dios

En nuestra peregrinación hacia la ciudadanía de los santos, nada humano es ajeno a los cristianos y las difíciles situaciones actuales deben ser hechas nuestras. Iluminar esta realidad desde el Evangelio es necesario, sobre todo, cuando ocasiona situaciones de sufrimiento general y afecta al conjunto de la sociedad. Es urgente avivar la esperanza en el Reino de Dios que conlleva superar nuestro egoísmo que instrumentaliza a los demás para los propios fines de cada uno sin pensar en los que están peor que nosotros, y afirmar el *amor a Dios y al prójimo*, que se ordena al bien común teniendo en cuenta las exigencias de la solidaridad, del respeto a la dignidad humana y de una libertad responsable cuyo centro es ético y religioso. Es preocupante la compleja situación económica actual con sus graves consecuencias en el ámbito social y laboral, tal vez por ello es más necesaria una profunda renovación cultural cristiana y un redescubrimiento de valores sobre los cuales construir una sociedad más humana. Nuestra crisis es, sobre todo, antropológica y moral y sólo podremos superarla con la conciencia de que “el hombre en el mundo es el valor supremo y de que todo lo demás -ciencia, técnica, cultura, sociedad- está al servicio de la persona”. Es fundamental valorar la familia, respetar la vida desde su concepción hasta la muerte natural, reconocer el significado trascendente de la persona, trabajar por la justicia social, vivir la fraternidad y la solidaridad con todos, afrontar la fatiga y el sacrificio y ser capaces de sentir culpa para no disfrazar nuestra falta de humanidad. Estos valores que Dios ha



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

puesto en el corazón del hombre y que van madurando con el crecimiento personal y comunitario, permitirán a los jóvenes hoy construir con esperanza su propio futuro, dando vida a una sociedad impregnada del espíritu del Evangelio. No se trata de esgrimir un moralismo barato, una reducción de lo político, lo social y lo económico a una cuestión individual de la conciencia. Las acciones libres de los seres humanos, además de su peso en lo que hace a la responsabilidad individual, tienen consecuencias de largo alcance: generan estructuras que permanecen en el tiempo, difunden un clima en el cual determinados valores pueden ocupar un lugar central en la vida pública o quedar marginados de la cultura vigente. Y esto también cae dentro del ámbito moral.

Vivir en Cristo

El cristiano debe vivir en Cristo muriendo al pecado y manteniendo la tensión propia de la vida cristiana, como lo refleja san Pablo cuando escribe: “Mientras vivimos, continuamente nos están entregando a la muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. Así la muerte está actuando en nosotros y la vida en vosotros”. Hemos de tomar conciencia de la dignidad gratuita y exigente de la filiación divina participada, de la consagración personal a Dios y de la santidad evangelizadora como responsabilidad de todos (Ef 1,6). En nuestra condición de hijos el ejemplo a imitar es el de Cristo que vino a servir y no a ser servido. Esta es la ciencia de la gloria de Dios dada a conocer en el rostro de Cristo (cf. 2Cor 4,5-6). En ello aparecen la hondura de nuestra propia identidad cristiana y nuestra vocación de eternidad. Sin la vitalidad interior del Espíritu y la acción de su gracia secundada en la interioridad responsable del hombre, el amor quedará siempre en mera filantropía, la santidad en simple honradez convencional o decencia sociológica, la piedad podrá reducirse a entretenimiento religioso, el apostolado a rutinaria esterilidad humanista o sentimental. Cristo nos ha dado a conocer al Dios verdadero y con Él la verdad sobre nuestro origen y nuestro destino, por eso “cuando Dios queda eclipsado, nuestra capacidad de reconocer el orden natural, la finalidad y el bien, empieza a disiparse”. Sólo Cristo tiene palabras de vida eterna. “El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo, no solamente según criterios y medidas del propio ser inmediatos, parciales, a veces superficiales e incluso aparentes, debe entrar en Cristo con todo su ser, debe apropiarse y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a sí mismo” como lo hizo el Apóstol Santiago.

Anunciar a Cristo

Desde esta experiencia de fe asumió la responsabilidad de traernos la luz del Evangelio, alejando de nuestro corazón las tinieblas del error: “En otro tiempo erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor; caminad como hijos de la luz e hijos



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

del día; no lo sois de la noche ni de las tinieblas". Permanezcamos en la fe recibida en una sociedad en que "la barca de la Iglesia es sacudida por el viento de las ideologías, que con sus aguas penetran en ella y parecen condenarla a hundirse". Pero sabemos que "quien resucitó al Señor Jesús, también con Jesús nos resucitará", y que la misión de la Iglesia, "estando al servicio de Dios, es estar al servicio del mundo en términos de amor y verdad". En esta misión los apóstoles vivieron la preocupación de transmitir la Palabra de Dios en su totalidad y de ensanchar las fronteras del Evangelio. Así lo hizo el Apóstol Santiago, el primero entre los apóstoles en beber el cáliz del Señor precisamente a causa de la fidelidad a la verdad de la palabra de Cristo. También nosotros hemos de anunciar con valentía a Cristo, su propuesta de vida, su mensaje de reconciliación y perdón. Sólo en él se encuentra el sentido pleno de la vida que cuando se gasta al servicio de los demás se gana y cuando se vive para uno mismo, se pierde. ¡Hay que ser muy libres para vivir abnegadamente! "Nadie me quita la vida" (Jn 10,18), dice Jesús. Necesitamos libertad para tomar la vida en las propias manos y elegir vivir dándola. La paradoja de la abnegación es la que está detrás de la felicidad de las Bienaventuranzas: morir para vivir; ser pobre para ser rico; abajarse para ser levantado; ser último, esclavo, servidor..., para ser el primero; vender lo que se tiene para conseguir el mayor tesoro; hacerse pequeño para ser grande; perder la vida para encontrarla.

Non esquezamos que baixo a tentación da ambición humana, de autoridade e prestixio, a vida pode converterse nun tecido de baixezas, compromisos irenistas e falta de integridade cristiá; baixo a tentación de ambicións intelectuais ou ideolóxicas podemos converter nuns fanáticos dos nosos propios criterios acomodaticios, do noso amor propio fachendoso, dos nosos intereses creados; baixo a tiranía do ambiente podemos rematar como escravos do conformismo no medio dos estereotipos que contradín os contidos do Evanxeo ou dunha sa filosofía.

Ao poñer a vosa ofrenda no altar, Sr. Oferente, encomendo coa intercesión do Apóstolo Santiago a todos os vosos pobos de España, de xeito especial ao pobo galego, ás familias para que coa colaboración dos catequistas, profesores e mestres, poñan todo o seu empeño na nobre tarefa de formar ás xeracións máis xóvenes, animándoos a construír unha sociedade onde se vivan os principios morais e espirituais que garantan o respecto sagrado á persoa. Pido polos nosos gobernantes e por todas aquelas persoas que están ofrecendo os seus mellores esforzos para lograr unha convivencia en verdade, liberdade, xustiza e paz, respondendo ás esixencias do ben común e buscando transmitir unha sociedade mellor ás futuras xeracións. Amigo do Señor, asiste e protexe á Igrexa que peregrina en España para que nos manteñamos fieis a Cristo ata o remate dos tempos. Que o teu testemuño nos dé folgos para preparar e vivir



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

espiritualmente a graza do Ano Santo Compostelán que comezará o trinta e un de decembro deste ano. Co teu patrocínio pido que o Señor bendiga ás súas Maxestades e a toda a Familia Real, e tamén á Vosa Excelencia, Sr. Oferente, á súa familia e aós seus colaboradores. “Astro brillante de España, apóstolo Santiago; o teu corpo descansa na paz; a túa gloria pervive entre nós”. Amén.

+Julián Barrio Barrio,
Arzobispo de Santiago de Compostela